

Una ola de crímenes recorre desde hace diez años Ciudad Juárez (México). Las víctimas: mujeres jóvenes, altas, delgadas, con el cabello largo. Y bonitas. Mariana Sánchez-Aizcorbe, reputada periodista peruana, nos ofrece su versión de tan macabros hechos.

El laberinto del silencio

Mariana Sánchez-Aizcorbe

Lo que ocurre en Ciudad Juárez (México) es una auténtica película de horror. Las crudas imágenes que emiten las televisoras locales ya son de rutina. Imágenes en un terreno baldío, en una acequia, dentro de la ciudad o

hacia las afueras, en un vasto desierto que pocos se atreven a transitar, exhiben, cada dos o tres meses, cadáveres de mujeres vejadas, torturadas y mutiladas. Evidencias de un indescriptible sufrimiento antes de morir.

El escalofriante despliegue, para consumo de los miles de juarenses que se contraen apretando manos y dientes mientras esperan que la ola de asesinatos de este negro capítulo de su historia termine algún día, empezó hace diez años. Un recuento que arroja casi trescientas muertes revela un patrón de asesinatos en serie: las víctimas eran jóvenes, altas y delgadas, con el cabello largo. Y eran bonitas.

"El delito de ser joven, de ser pobre y ser mujer es como una sentencia de muerte en esta ciudad", afirma Esther Chávez Cano, una anciana de setenta años. Durante los últimos diez ha estado buscando la verdad sobre los crímenes, lo que le ha ganado una amenaza de muerte. Su organización no gubernamental, Casa Amiga, establecida en 1998 para defender a mujeres víctimas



Fotos: Cortesía de Judith Torreá Oiz

La activista Esther Chávez Cano junto a unas cruces que recuerdan los cadáveres de muchachas encontrados en la colonia Lomas de Poleo.

Mariana Sánchez-Aizcorbe es periodista.

de la violencia, tiene el registro más detallado sobre las muertas y los centenares aún desaparecidas.

Según Chávez Cano, la mayoría de las víctimas llegó del empobrecido sur del país, adolescentes, solas y con ilusiones de conseguir un trabajo en las maquilas, fábricas de empresas multinacionales establecidas a lo largo de la frontera con Estados Unidos, donde el salario de cuatro dólares diarios les significaría un futuro prometedor. Pero es en Ciudad Juárez donde, además de disfrutar por primera vez de las posibilidades de la autosuficiencia económica, como adquirir un atuendo moderno, tacones altos o un nuevo lápiz labial, estas jóvenes llegarían a su muerte.

Durante un viaje de una hora de regreso a su casa en las colinas que bordean el centro de Ciudad Juárez, luego de nueve horas de trabajo, Cecilia Matos, obrera maquiladora de diecisiete años, relató el estado en que fue hallado el cuerpo de su amiga Gloria: "Le cortaron los brazos. Solamente tenía una pierna cuando la encontraron. La cara se la deshicieron totalmente. Los familiares nunca la reconocieron. La conocieron por lo que le quedó: su cabello, la otra pierna y la ropa que les entregó el forense".

Una realidad desgarradora se desprende del análisis forense en un patrón que se repite en la



Imagen de una de las calles de las colonias donde viven mujeres desaparecidas o donde se ha encontrado sus restos.

mayoría de los asesinatos: estas muchachas murieron tras sufrir una crueldad extrema. En los restos a los que ha sido posible realizar autopsias hay huellas de violaciones múltiples, amordazamiento, mutilaciones de senos, acuchillamientos, rotura de huesos de la tráquea o muerte por asfixia. La ausencia de fauna cadavérica en muchos cuerpos confirma las sospechas de los peritos de que fueron refrigerados durante un tiempo indeterminado. Otros restos, de los cuales solo quedan huesos, continúan depositados en bolsas que se guardan en el Anfiteatro, la morgue local, aún sin identificación debido a su avanzado estado de descomposición, porque los cadáveres fueron calcinados o porque ningún familiar los ha reclamado.

¿Quiénes son los asesinos? ¿Por qué las matan? ¿Cuánto tiempo sufrieron antes de que

la muerte les llegue casi como una bendición?

Varias teorías se ciernen sobre el velo de misterio que cubre el desarrollo de lo que se ha convertido en una verdadera empresa macabra. Versiones populares sobre ritos satánicos, tráfico de órganos o sobre algún asesino aún más retorcido que se viste de mujer con una peluca rubia y lentes oscuros antes de raptar a sus víctimas, corren de boca en boca de los juarenses.

Pero para los pocos valientes de Ciudad Juárez está claro que los crímenes no solo son crueles sino también muy sofisticados. Y es que los cuerpos, además de ser atados de pies y manos, con heridas punzocortantes en el torso o en posición fetal, se descubren solos o en grupos de tres, cinco u ocho cadáveres. Las mujeres no se conocían entre ellas; mujeres que desaparecieron

Las evidencias que sostienen la teoría de que los delitos son cometidos por un asesino o un grupo de asesinos "en serie", que asaltan a sus víctimas y luego desechan sus restos con la más absoluta impunidad, revelan una red delictiva claramente organizada.

en distintos meses o en distintos años y que fueron arrojadas en lugares específicos, a veces inaccesibles para quien no conoce la zona. Cerro del Cristo Negro, Barranco Azul, Lomas de Poleo o un paraje desértico conocido entre los lugareños como el Laberinto del Silencio son ya cementerios anónimos.

La base de datos de Casa Amiga revela que la mayoría de los secuestros ocurrieron a plena luz del día. Para algunos analistas, las evidencias que sostienen la teoría de que los delitos son cometidos por un asesino o un grupo de asesinos "en serie", que asaltan a sus víctimas y luego desechan sus restos con la más absoluta impunidad, revelan una red delictiva claramente organizada.

Las versiones oficiales sobre los delitos, sin embargo, descartan un patrón en los asesinatos. Según el portavoz de la Fiscalía para la Investigación de Homicidios de Mujeres de Ciudad Juárez, Manuel Esparza, los crímenes, al igual que en Ciudad Juárez, ocurren en Tijuana, Matamoros, Sonora, Sinaloa o en otras partes de México, y atribuye sus móviles a la misoginia y al machismo rampante. Agrega, además,

que las autoridades de esta localidad del estado de Chihuahua solo han registrado noventa víctimas de homicidios de naturaleza sexual.

De hecho, las autoridades juarenses han puesto tras las rejas a dieciocho sospechosos, entre ellos los miembros de las bandas criminales conocidas como Los Rebeldes y La Banda del Tolteca, a un ciudadano egipcio, Latif Sharif, y a dos choferes de autobuses que transportan maquiladoras, conocidos como *La Foca* y *El Cerillo*. Sin embargo, a pesar de que las autoridades han cantado victoria tras cada uno de los arrestos, los cadáveres han seguido apareciendo, muchos con signos de piel quemada por refrigeración, tres, cuatro u ocho meses después de su desaparición.

"Aparecen hasta con la ropa cambiada. Un cadáver que se supone era de Guadalupe Luna de la Rosa apareció con la ropa de Lupita Hernández Ferrer; es decir, las tuvieron en algún lugar, bajo un control absoluto, donde aunque griten no hay posibilidad de salir", señala el abogado de *El Cerillo*, Sergio Dante Almaraz. Almaraz está convencido de que su defendido, un hombre de escasos

recursos económicos como para montar tamaña empresa de asesinatos, es inocente.

La labor de Almaraz, otro de los valientes de Juárez que se atreve a denunciar públicamente los asesinatos, a pesar de que también ha sido amenazado de muerte, parece ser obra del destino, desde que compró la casa donde instaló su estudio de abogacía en el centro de la ciudad. Este licenciado y abuelo, quien también teme por las vidas de sus hijas y nietas, dice que su trabajo, más que quijotesco, resulta absurdo, porque tiene el convencimiento de que podrá lograr muy poco y solo vislumbra una única esperanza cuando la justicia internacional tome cartas en el asunto.

Y es que un hecho perturbador sugiere que los propios agentes de la Policía Judicial están actuando en complicidad con algunos implicados en los crímenes. Almaraz relata cómo, una noche de febrero del año pasado, el abogado Mario Escobedo, de veintinueve años, quien defendía a *La Foca*, el otro chofer acusado, fue perseguido por siete agentes de la Policía Judicial hasta que lo alcanzaron. Y la historia no termina allí. Su defendido, *La Foca*, falleció en circunstancias dudosas, dentro de la prisión, tras ser sometido a una operación quirúrgica que él no había autorizado.

A pesar de las amenazas contra su vida, Almaraz

sentencia: "Que no se hagan los pendejos: todos saben quiénes son y cómo se llaman los asesinos". Pero a la pregunta sobre si los autores de los crímenes son miembros del cartel de Juárez, la respuesta es tan clara como el miedo que confiesa tener: "No lo he dicho yo, lo ha dicho usted, como dijo Cristo, porque las balas vienen de allá para acá".

Los tentáculos del cartel de Juárez, una de las organizaciones de narcotraficantes más poderosas del mundo, se han extendido impunemente generando una ola de corrupción y muerte con efectos devastadores. "El problema de fondo es que Ciudad Juárez está vendida a la mafia más grande del mundo en materia de narcotráfico. Son los amos y señores de la vida aquí, y el peligro es hablar de esto, porque estamos ante una megafuerza de carácter casi militar por encima del mismo gobernador", asegura.

El periodista mexicano Sergio González Rodríguez, autor del libro *Huesos en el desierto*, que contiene la más completa investigación sobre los crímenes, explica que "los homicidios en serie contra mujeres se producen en orgías sexuales y de fraternidad por parte de uno o más equipos de operadores o asesinos, protegidos por funcionarios de diversas corporaciones policíacas. Y cuentan con la complicidad y patrocinio de personajes prominentes, que

poseen grandes fortunas legales o ilegales, producto del narcotráfico y el contrabando". González ha sido víctima de un secuestro y también ha recibido amenazas de muerte.

Para Almaraz, la perversión en torno de los asesinatos se explica porque "esas gentes ya probaron todas las drogas del mundo, tienen todo el dinero del mundo, todas las mujeres del mundo; entonces lo único que les faltaba era divertirse violando y matando con total impunidad".

Convencidos de que los crímenes son perpetrados por gente poderosa, los familiares de algunas víctimas no dudan de que los verdaderos asesinos estén en libertad. Y volverán a

atacar. Quizá lo más difícil de enfrentar, señala Benita Monarrez, la madre de Laura Berenice, sea que los restos que enterraron tal vez no corresponden a los de sus hijas.

El caso de las ocho víctimas, cinco de ellas en la misma zanja muy cerca una de la otra, en pleno centro industrial de la ciudad, en las inmediaciones de la Asociación de Maquiladoras, causó la condena más oída de la población juarense. Ante la presión pública, las autoridades se apresuraron no solo en capturar a los dos choferes de autobús, *La Foca* y *El Cerillo*, como principales sospechosos, sino que también se precipitaron en darles nombre y apellido a las víctimas.



Trabajadoras de las fábricas maquiladoras.

Los tentáculos del cartel de Juárez, una de las organizaciones de narcotraficantes más poderosas del mundo, se han extendido impunemente generando una ola de corrupción y muerte con efectos devastadores.

Benita Monarrez recibió la llamada de la Policía la mañana del 6 de noviembre del 2001. No había podido dormir desde la noche del 21 de setiembre, cuando su hija Laura Berenice Ramos, de diecisiete años, partió a una fiesta y nunca regresó. Benita corrió, junto a otros familiares, hacia la fosa común, pero los cadáveres ya habían sido levantados. Uno de los familiares le indicó el lugar donde presuntamente fueron enterrados los restos de Laura Berenice. Se acercó, descubrió una mata de cabellos y la acarició. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Durante los seis meses que siguieron al macabro hallazgo, Benita exigió e imploró a las autoridades que le entregasen el cuerpo de su hija sin obtener respuesta alguna. El 20 de marzo del 2002 volvió a sonar su teléfono. Esta vez era la fiscal de turno para darle la noticia que había esperado casi con desesperación: le mostrarían el cuerpo de Laura Berenice para que lo reconociese. Benita llegó muy temprano al Anfiteatro, pero lo que encontró fue una realidad que no esperaba y que la paralizó. De pronto brotaron sus lágrimas y empezó a recordar en voz alta: "Me mostraron puros

huesos; ya no me mostraron con nada de carne, nada".

Más que sentir la fuerza de la agonía que lleva dentro, en ese momento Benita dice haberse llenado de rabia y coraje. Y es que, asegura, el cadáver de su hija había sido prestado por las autoridades para que una estudiante de antropología lo usara en sus prácticas mientras que a ella no le permitieron siquiera verlo. La rabia y el coraje resurgieron con más fuerza cuando, un año más tarde, pudo ver las fotografías del levantamiento del cadáver. "Ese cuerpo tenía piel; ese cuerpo yo lo podría haber reconocido teniéndolo así, en frente de mí. ¿Por qué no lo permitieron? ¿Qué escondieron?", se pregunta todavía con estupor e impotencia.

El dolor y el desconcierto resurgen también cada vez que recuerda la última vez que estuvieron juntas. Como en una triste premonición, madre e hija se habían echado juntas en la cama. La niña recostó su cabeza en el pecho de su madre y Benita la abrazó. Hablaron del futuro. Ella quería ser médico forense. Pero también hablaron de la muerte y entonces Laura Berenice le pidió a su madre que, si moría, arrojase sus cenizas en el mar.

¿Qué le ocurrió a su hija? ¿La torturaron? ¿Por qué la asesinaron? ¿Acaso los restos que le entregaron no eran los de Laura Berenice?

En el hueso del antebrazo derecho Benita ubicó las huellas de una fractura, similar a la que su hija había sufrido de pequeña. Solo por ello decidió reconocer los restos. Y a pesar de sus dudas, los llevó para su cremación. Sin embargo, continúa resuelta a confirmar la verdadera identidad de las cenizas que guarda celosamente en una caja de mármol bajo la imagen de un Cristo crucificado, permanentemente iluminada por una vela blanca. Burlando a las autoridades mexicanas, escondió cuidadosamente un pequeño hueso y cruzó la frontera para llevarlo clandestinamente al estado de California (Estados Unidos) y someterlo a una prueba de ADN. Y es que los resultados de los análisis genéticos de los restos de la fosa común que se hicieron en Ciudad de México concluyen que siete de las ocho identidades que la Policía dio a las víctimas estaban equivocadas, entre ellas la de Laura Berenice.

Esta batalla silenciosa por tener la certeza de que su hija no es una desaparecida más terminará cuando Benita logre conseguir los 1.800 dólares que, asegura, le hacen falta para obtener los resultados del laboratorio de California. Solo entonces viajará hasta la costa y arrojará las cenizas al viento. ▲